



En la vida

- Exclusivas
- Hemeroteca Proceso
- Lectores
- Atención a Clientes
- Quiénes Somos

proceso **1335**
Secciones Temáticas

Jun 2, 2002 8:35 pm

reportajes

Mi pr
Regi

Logi

- Economía
- Internacional
- Justicia
- Reportaje
- Cultura
- Libros
- Espectáculos
- Deportes



la ley del silencio

javier sicilia

Secciones Editoriales

- Análisis
- Columnas
- Cartones
- Sondeos

Sondeo

¿Crees que hubo donativos turbios para la campaña que llevó a Fox a la presidencia?

- sí
- no

Enviar

Desde hace un par de meses no sé cuál es el tema que tocaré que desatará la indignación de ciertos hombres que provocan miedo. Si lo digo es porque hace aproximadamente dos meses alguien me informó que me cuidara porque ciertos sectores de Gobernación y de Presidencia me tenían en la mira.

No sé qué quiera decir eso ni de quién venga, pero una amenaza así da miedo. “Un hombre al que no se puede persuadir —escribía Albert Camus— es un hombre que da miedo” porque no quiere dialogar, sino imponer el silencio. En este país, para desgracia de la democracia, hay muchos hombres así. Las amenazas a periodistas, los asesinatos de defensores de derechos humanos, las presiones para el silenciamiento de ciertos temas, por no hablar de la violencia callejera a la que cualquier ciudadano está expuesto, hablan de esos hombres que dan miedo. Frente a esa horrible realidad, uno debe cada día sobreponerse y poner en orden su vida para ser fiel a la verdad. Así escribo desde hace dos meses y vuelvo a escribir hoy sobre un tema que compromete a un hombre de fidelidad y a varias víctimas de la pederastia que no han sido reparadas en su sufrimiento y en la justicia que no han cesado de clamar.

Desde hace algunos años el padre Alberto Athié ha sido víctima de una persecución de varios poderosos sectores de la Iglesia católica. Sin ser hombre de izquierda, su labor en la redacción de esa magnífica carta pastoral, Del encuentro con Jesucristo a la solidaridad con todos, sus posiciones frente a los procesos democráticos que vivió el país y frente al zapatismo, su tarea para servir a los más pobres —a él se le debe la fundación del Arca de Jean Vanier en México, comunidad que se dedica a vivir con discapacitados, y la banca de crédito con tasas de interés bajo para apoyar las microempresas—, le valieron en marzo de 2000 ser depuesto de sus cargos como secretario ejecutivo de la Comisión Episcopal de Pastoral Social, como secretario ejecutivo de la Comisión Episcopal para la Paz y la Reconciliación en Chiapas, como vicepresidente de Cáritas Mexicana I.A.P., y como coordinador de la Zona Centroamérica-México Internacionalis. Hoy, después del escándalo que vivió la Iglesia norteamericana por el encubrimiento de sacerdotes pederastas, el padre Alberto Athié ha sido víctima de otra persecución. La falta que se le imputa es haber vuelto a sacar a la luz pública el caso del padre Marcel Maciel, sospechoso de abusos pederastas —un caso que ciertos sectores de la Iglesia, vinculados con poderosos hombres de empresas, han intentado silenciar—. Este acto de Alberto Athié, que antes de ventilarlo en los medios había infructuosamente intentado ventilar dentro de la Iglesia —hay una carta muy comedida que envió al cardenal Joseph Ratzinger el 20 de junio de 1999 y dos intentos de hablar sobre el asunto con el cardenal Norberto Rivera (uno directo y otro por vía telefónica), que fueron rechazados por el cardenal, arguyendo, sin más explicación, que se trataba de un complot— le ha valido ser acusado de mentiroso, de resentido, de un sacerdote que quiere dañar a la Iglesia,

Registra



Porte



B



Mapa



Adv

además de la creación no sólo de un cerco de silencio en su alrededor, sino también alrededor de las víctimas: "No se debe hablar de este asunto, porque se le hace el juego a los enemigos de la Iglesia"; "las víctimas, su sufrimiento y la justicia no cuentan, lo que importan es el prestigio de la institución y el buen nombre del padre Maciel". Bien decía yo que el miedo es una técnica para el silencio.

Sin embargo, ni Athié ni las víctimas de los supuestos ultrajes buscan dañar a la Iglesia, todo lo contrario, buscan abrirla al misterio de la verdad para que su Espíritu la ilumine. Athié, como las víctimas a las que no se les ha hecho justicia, como muchos otros católicos, entre los que me cuento, creemos que la Iglesia no es una institución —una palabra que cobró carta de naturalización con la formación de los Estados Nacionales y que habla de las fundaciones que nacieron de él y cuyas abstracciones están por encima de las personas—, sino el cuerpo místico de Cristo —es una de las más antiguas formulaciones y una de las más completas— que se hace por su Señor y cuyos miembros, tanto en sus debilidades como en sus fortalezas, se dejan iluminar y transformar por la luz de su Espíritu: "La verdad los hará libres"; "Yo soy el camino, la verdad y la vida".

Por ello, la lucha de Alberto Athié, del padre Roqueñí y de los católicos que aman la verdad y la justicia, para que se ilumine el caso Maciel tiene, desde mi punto de vista, dos sentidos: primero, hacer luz sobre un caso ambiguo; después, hacer luz sobre el sentido de la Iglesia en el mundo.

A raíz de los problemas de pederastia suscitados en la iglesia norteamericana, el Papa fue perentorio: "Tolerancia cero". El propio cardenal Rivera, en la entrevista que el 30 de abril sostuvo con Mario Vázquez Raña en La Prensa, declaró: la labor de carácter penal compete a los afectados y a sus familias y, sólo a ellos corresponde aportar las pruebas del caso: Es un derecho humano irrenunciable. Pero a este propósito conviene hacer una seria reflexión, que al mismo tiempo es una advertencia: los tribunales deben ser muy cuidadosos y exigentes en la recepción de pruebas, porque existen casos documentados de difamación".

Esto está bien. Sin embargo, en el caso Maciel, ¿por qué no se ha abierto el caso en los tribunales eclesiásticos?, ¿por qué, a pesar de que la Rota Romana presentó el caso a la Santa Congregación de la Doctrina de la Fe, fue cancelado y congelado sin ninguna respuesta?, ¿por qué ni siquiera se han valorado las pruebas que los agraviados dicen poder aportar?, ¿por qué se presiona para silenciar el asunto arguyendo, sin presentar pruebas, que es una pura difamación?, ¿por qué en nombre de este silencio, hijo del miedo, se presiona, se persigue, se tilda de resentido y se pone en riesgo la vocación sacerdotal de un hombre excelente como el padre Alberto Athié? ¿por qué se humilla y se maltrata con el desprecio a quienes dicen ser víctimas?, ¿no hay confianza dentro de ciertos sectores de la clerecía en la grandeza de la Iglesia y en la promesa de que "las puertas del infierno no prevalecerán contra ella?

Abrir el caso Maciel sería un triunfo para la Iglesia en todos los sentidos: si realmente es inocente, las sospechas quedarían rotas y los difamadores tendrían que hacer un acto de contrición frente a la Iglesia, frente a los hombres, frente al padre Maciel y su congregación; lo que redundaría en un bien para todos. Si es culpable, Maciel y quienes lo encubren tendrían que hacer un acto de contrición frente a la Iglesia, los hombres y los ofendidos. En este caso no sólo la Iglesia, sino la propia congregación fundada por el padre Maciel, los Legionarios de Cristo, quedaría enaltecida: si un hombre tan poco apropiado para hacer el bien pudo fundar una obra como la de los Legionarios, sería una de las pruebas más irrefutables del poder y de la

grandeza de Dios.

En cambio, dejar el asunto en la ambigüedad es mantener a la Iglesia bajo sospecha: sospecha, en primer lugar, de encubrimiento, en segundo, de un proyecto ajeno a su sentir profundo: no una Iglesia abierta a la verdad, sino a un proyecto ideológico; no una Iglesia entregada a la persona humana, a sus sufrimientos, a sus debilidades, a su dolor, sino a una abstracción de naturaleza institucional; no una Iglesia que quiere caminar con el hombre y sus grandes conquistas: la pluralidad democrática y el diálogo, sino una Iglesia que, al igual que el neoliberalismo, busca la intransigencia de lo unívoco; no una Iglesia confiada en la libertad de los hijos de Dios e iluminada por el Espíritu Santo y que piensa en términos de entendimiento, sino una Iglesia confiada en su poder estructural, que se hace por la fuerza de los poderosos y que piensa en términos de imposición; no una Iglesia acompañada por su Señor, sino por opciones estratégicas que le permitan tener el control. En tercer lugar, sospecha de una jerarquía autoritaria que peca contra la caridad no sólo al negarse a escuchar a quienes dicen haber sido sometidos a abusos pederastas, sino también al desdeñar a otro hombre excelente, el padre Roqueñí, que representa a los quejosos ante la Congregación de la Doctrina de la Fe. Lo que, pese a las declaraciones del cardenal Rivera en la entrevista referida, nos pondría delante de la sospecha de una verdadera crisis estructural en la Iglesia.

Hace muchos años, en 1959, Iván Illich, en una conferencia publicada en la Universidad Católica de Puerto Rico, señalaba que la grandeza del hombre occidental radicaba en dos hechos que marcaron el mundo profundamente: el diálogo socrático y la revelación de Cristo. Mientras en todo el mundo el saber se efectuaba por la trasmisión de lo que se creía saber, por repetición, Sócrates demostró que el diálogo, ese proceso de preguntas y respuestas, ese intercambio de ideas, era un método de conocimiento mucho más profundo que la repetición de opiniones aceptadas. Con ello, no sólo abrió un nuevo horizonte que transformó en colegas a los que hasta entonces eran sólo oyentes pasivos, sino “que la tradición misma se convirtió de depósito estable en reto intelectual”. Por haber abierto este camino, Sócrates se volvió intolerable y fue sentenciado al martirio de la cicuta.

Sin embargo, el mundo cambió desde entonces: “el hombre finito, limitado, se sintió capaz de aceptar el reto de lo infinito como verdad, se sintió obligado a escudriñar lo insondable; en este diálogo entre hombres que tenían respuestas parciales, que tomaban posiciones frente a otros y frente a la tradición, la humanidad alcanzó la madurez necesaria para encararse con el reto supremo: la aparición de un hombre que dijo que no tenía una respuesta, sino que él era la respuesta. Este hecho ha obligado a la humanidad a tomar posición no frente a su opinión y sus enseñanzas, sino frente a su persona. Un diálogo a la luz de su verdad, un diálogo que dé confianza a los hombres y los acompañe en su caminar por el mundo.

En estos momentos, la Iglesia —al igual que la sociedad económica y tecnológica bajo la cual ciertos sectores de la Iglesia se cobijan— corre el peligro de degradar ese diálogo. El peligro más grave es el de emascularlo por la adherencia a las formas, este peligro conduce al mundo de los pragmatismos modernos que por miedo a encontrarse en el error niegan la posibilidad de encontrar la verdad.

El diálogo con la verdad que ha formado los rasgos culturales más grandes de Occidente está en crisis y hay que rescatarlo para que la Iglesia continúe siendo luz para el mundo. La Iglesia debe mantener ese diálogo con la verdad que ese hombre llamado Jesús reveló, aunque a causa de ello los que aman más las formas que la verdad y más la confianza en las obras de los hombres que en el Espíritu, se sientan arrastrados, escandalizados y

... los miembros que en el Espina, se sientan agraviados, desconcertados y molestados. De lo contrario habrá pactado con el mundo, con ese mundo por el cual Cristo se negó a orar.

El padre Athié, las víctimas, el padre Roqueñí y muchísimos católicos hemos apostado por ese diálogo. Encerrarse en el silencio es ponerse del lado de quienes prefieren el miedo y el silencio a la luz de la verdad.

Además, opino que hay que respetar los Acuerdos de San Andrés, liberar a los zapatistas presos y evitar que Costco se construya en el Casino de la Selva y el aeropuerto en Atenco.

[Envía tus Artículos](#)

[<<Regresar](#)

[Exclusivas](#) [Hemeroteca Proceso](#) [Lectores](#) [Atención a Clientes](#) [Quiénes Somos](#)